

Nueva Evangelización y San Vicente de Paúl

Francisco Javier Álvarez Munguía, C.M.

Haremos bien en estar atentos a este XIII Sínodo de los Obispos, dado que nuestra finalidad en la Iglesia coincide con el contenido de este próximo Sínodo que tiene por título *La nueva evangelización para la transmisión de la fe católica*. Las reflexiones que ya se están haciendo y las que se harán hasta la redacción de un documento final (esperemos que así sea) pueden y deben servirnos para profundizar, para impulsar y para animarnos en nuestra evangelización de los pobres.

Se me ha pedido una reflexión sobre la nueva evangelización y san Vicente. Se trata, en consecuencia, de aplicar la lente vicenciana a este tema porque estamos seguros de que Vicente nos puede ayudar a comprender vicencianamente este proyecto de la nueva evangelización. Más aún, aunque suene a anacronismo, podemos sostener que Vicente intentó llevar a cabo una “nueva evangelización” o, más exactamente, una re-evangelización. Cuando él nació, Francia era un país mayoritariamente católico, pero también muy necesitado de que alguien recordara las grandes verdades de la fe en toda su pureza y en toda su exigencia. A ello se dedicó Vicente con alma y cuerpo, desde los 37 años hasta su muerte a los 80 años, y a ello dedicó todas las instituciones que fundó.

El resultado de su empeño evangelizador nos lo presenta el P. Raymond Chalumeau con esta afirmación impresionante:

“La reconversión cristiana de Francia se debe, en gran parte, a los esfuerzos de San Vicente y de los misioneros. Basta comparar la situación religiosa de la Francia de 1600 a la de 1675. Es para nosotros agradable y halagador constatar que este resultado ha sido obtenido, de manera determinante, por nuestro bienaventurado Padre y por los miembros de la Congregación que él fundó”¹.

El gran historiador Daniel Rops sostiene algo parecido:

¹ R. CHALUMEAU, *San Vicente de Paúl y las misiones*, en *Vicente de Paúl, evangelizador de los pobres*, CEME, 1973, p. 128.

“Los estudios sociológicos – dice él – llevados a cabo en nuestros días han demostrado que han permanecido cristianas en la Francia del siglo XX aquellas zonas en las que hace más de 300 años trabajaron con más intensidad los misioneros; y que aquellas tierras donde no penetraron son las regiones tristemente célebres, señaladas de rojo por el canónigo BOULARD en su célebre mapa de la práctica religiosa en la Francia de nuestra época. No puede rendirse más exacto homenaje a las misiones de los siglos XVI y XVII, y a los admirables hombres que tan acertadamente las condujeron”².

He organizado este tema en dos reflexiones. En un primer momento veremos los puntos comunes entre Vicente de Paúl y la nueva evangelización. En la segunda reflexión, a modo de conclusión, veremos hacia dónde impulsa la nueva evangelización a la Congregación y a los misioneros.

I.

CONFLUENCIAS ENTRE VICENTE DE PAÚL Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Vicente de Paúl fue un hombre carismático, con una importante acción en dos campos muy específicos de la Iglesia en el siglo XVII: la caridad y la misión. Como hombre concreto, perteneciente a una época bastante distinta de la nuestra en el tiempo y en el espacio, en la mentalidad, en la cultura, en lo social, en lo religioso y en lo teológico, difícilmente podrá iluminar la problemática que ahora rodea nuestra evangelización. Sin embargo, como hombre carismático, que sintió muy profundamente la urgencia de la evangelización dentro de él y que le llevó a fundar algunas instituciones, puede aportar algo a esta urgencia de la “nueva evangelización”. Me parece muy necesario que los misioneros nos preguntemos qué subrayados y qué matices puede hacer hoy Vicente a la “nueva evangelización”, dado que la Iglesia nunca nos pedirá desinteresarnos del espíritu que nos anima, sino justamente lo contrario, aportar a la Iglesia y al mundo la riqueza de nuestro carisma, es decir, evangelizar desde nuestro carisma. Podemos concretar en cuatro las grandes conexiones entre Vicente y el proyecto de la Iglesia para la nueva evangelización.

² HENRI DANIEL ROPS, *La Iglesia de los tiempos clásicos. El gran siglo de las almas*, Ed. Luis de Garalt, Barcelona, p. 107.

1. El catecumenado y la catequesis

Cuando Vicente repetía, con tanta fuerza y preocupación, que *“el pobre se condenaba”*, se refería a su falta de conocimientos religiosos elementales. En sintonía con la teología del tiempo, Vicente estaba convencido de que la ignorancia religiosa era causa de condenación. Esta preocupación afloró con frecuencia en sus labios (cf. XI, 104, 267, 387). El siguiente texto, por ejemplo, nos demuestra bien a las claras esta mentalidad de Vicente. Se trata de una carta dirigida al P. Du Coudray, a la sazón en Roma, trabajando para que la CM fuera aprobada por el Papa. Este escrito corresponde al año 1631: *“Es preciso que haga entender (a la Curia romana) que el pobre pueblo se condena por no saber las cosas necesarias para la salvación... Si Su Santidad supiera esta necesidad, no tendría descanso hasta hacer todo lo posible para poner orden en ello”* (I, 176-177).

Seguramente esta convicción hizo entender a Vicente que él y sus seguidores debían insistir mucho en el aspecto catequético de las misiones; característica ésta que siempre ha distinguido las misiones vicencianas frente a otros grupos misioneros en la Iglesia, más centradas en el aspecto penitencial. *“Lo que necesitaba el pobre pueblo rural creyente ya, y practicante a su manera, – dice el P. Corera subrayando este aspecto catequético de nuestras misiones – era sobre todo una catequesis sistemática que lo orientara hacia la más pura ortodoxia y hacia una auténtica ortopraxis sacramental y caritativa”*³. Por lo tanto, Vicente se valió de la catequesis popular para re-evangelizar la Francia de su siglo.

Era toda la sociedad la que necesitaba ser re-evangelizada como había constatado el Concilio de Trento. Sin embargo, Vicente y sus misioneros se sintieron urgidos a evangelizar a los pobres campesinos. A estas personas no se les pedía catequizar con el alto lenguaje teológico de Trento ni de los teólogos que inspiraron sus textos, sino con algún tipo de “pequeño método” que pusiera las verdades de la fe al alcance de las mentes más sencillas. Había que “predicarles a lo misionero” en expresión de Vicente de Paúl (cf. XI, 286).

En sintonía con este aporte de Vicente, tenemos que poner de relieve que en la Nueva Evangelización se da suma importancia al catecumenado. Basta solamente estas dos referencias: en el número 14 de los *Lineamenta*, que servirá de base para los diálogos del próximo Sínodo, se habla muy extensa y claramente sobre la catequesis y el catecumenado. En ellos se puede concretar la “pedagogía de la fe” de la que la Iglesia se sirve para transmitir la fe de una manera activa y profunda. Y si nos referimos al Papa Juan Pablo II, el iniciador de la nueva evan-

³ Cf., J. Corera, *Nueva evangelización para vicentinos ayer y hoy*, en CLAPVI, n. 65 (1989), p. 338.

gelización, él declaró solemnemente que *“la catequesis era la aplicación concreta y el instrumento básico de la nueva evangelización”* (Discurso a los Obispos de Campania, 11 de enero de 1987).

2. El “nuevo ardor” como estilo del misionero

Sin personas convertidas e ilusionadas, que sientan la alegría profunda de la fe, hoy no se puede evangelizar. La gente escéptica, desencarnada, temerosa, aburrida e indiferente que produce nuestra cultura dominante, sólo podrá vibrar cuando se encuentre con personas que sean todo lo contrario por la fuerza de su fe, con gente desentendida de sí, alegre y ayudadora. Con todo esto queremos decir que el testimonio personal de vivir con gozo la fe es decisivo para la nueva evangelización. *“Uno de los obstáculos para la nueva evangelización es la ausencia de alegría y esperanza..., con frecuencia esta falta de alegría y de esperanza son tan fuertes que influyen en nuestras mismas comunidades cristianas”*, se dice en el número 25 de los *Lineamenta*. Con la expresión “nueva evangelización”, Juan Pablo II quiso indicar, ante todo, que hoy la evangelización no se puede hacer sin un nuevo fervor, porque ésta *“no es una reduplicación de la primera, no es una simple repetición, sino que consiste en el coraje de atreverse a transitar por nuevos senderos, frente a las nuevas condiciones en las cuales la Iglesia está llamada a vivir hoy el anuncio del Evangelio”* (*Lienamenta*, n. 5).

El convencimiento de Vicente sobre la necesidad de estar lleno de fervor (él lo llamaba “celo”) es muy coincidente con lo que ahora nos propone la Iglesia para llevar a cabo el proyecto de la “nueva evangelización”. En efecto, esta llamada de la Iglesia, que tiene su origen en Juan Pablo II, y sobre la que insiste ahora Benedicto XVI, además de nuevos contenidos y nuevas expresiones, habla de un “nuevo ardor”, que no es otra cosa que la actualización del celo apostólico o de la caridad cristiana. Un misionero que carece de celo es, como bien dijo Vicente, un esqueleto de misionero, un hombre que ha perdido el sentido de su vida. Vicente gozaba cuando veía que algunos de sus misioneros trabajaban llenos de celo. *“Ciertamente, Padre, – escribió a uno de ellos – no soy capaz de callármelo. Es necesario que le diga con toda sencillez que esto me da nuevos y grandísimos deseos de poder, en medio de mis achaques, ir a acabar mi vida en medio de un chaparral, trabajando en alguna aldea, porque me parece que sería mucho más feliz”* (V, 185). En el momento de escribir esta carta Vicente contaba 75 años. Cuando hacía referencia a los misioneros de Madagascar, se llenaba de entusiasmo y exclamaba: *“¡Esos sí que son misioneros. Esos sí que son misioneros!”*. Y es que el contacto con algún misionero que destacaba especialmente en el celo, le hacía tener una visión más positiva de la Congregación, a la vez que él se llenaba de entusiasmo y de alegría.

Por el contrario Vicente reaccionaba con una virulencia tremenda cuando se encontraba con misioneros carentes de toda virtud. “*Cuando veáis a un misionero flojo, carente de celo, proclive a la comodidad y al descanso, decid con valentía: ¡Ha nacido el anticristo. Ahí está!*” (XI, 115). El P. Antonino Orcajo, después de haber estudiado muy detalladamente la virtud del celo en san Vicente, ha escrito algo que puede servir para iluminar a los vicencianos que hemos sido convocados por la Iglesia a la nueva evangelización: “*La virtud del celo es la más significativa de la vocación misionera. Su despliegue encierra el ejercicio de todas las virtudes anteriores*”⁴.

3. La evangelización y la caridad

Desde el Concilio Vaticano II la Iglesia ha ido conectando, poco a poco, la misión-evangelización con la caridad. La expresión “*opción preferencial por los pobres*” que tanto se ha repetido y se repite en nuestra Iglesia, es una prueba muy clara de que los pobres, y la atención que a ellos debe dar la Iglesia, deben ser objeto de evangelización. En realidad, esto se dice en los *Lineamenta*, aunque justo es reconocer, de una forma muy tímida. Para la Iglesia el estilo de la nueva evangelización debe ser “global”. Y lo explica de este modo: “*Debe abrazar el pensamiento y la acción, los comportamientos personales y el testimonio público, la vida interna de nuestras comunidades y su impulso misionero, la atención educativa y la entrega cuidadora hacia los pobres, la capacidad de cada cristiano de tomar la palabra en los contextos en los cuales vive y trabaja para comunicar el don cristiano de la esperanza*” (*Lineamenta*, n. 16).

Vicente tuvo una visión global muy parecida a la que ahora nosotros podemos escuchar cuando se nos habla de nueva evangelización. Para Vicente había que evangelizar “*de palabra y de obra*” (XI, 393) porque el pobre pueblo “*se condenaba y se moría de hambre*”. Hay infinidad de textos de Vicente donde se puede percibir esta sensibilidad hacia los pobres, justamente en momentos en los que está pensando en la misión, porque son textos dirigidos a los primeros misioneros. Es suficiente aportar estos dos. El primero es un texto de las Reglas Comunes en el que se manda expresamente que al final de cada misión se establezca una Cofradía de la Caridad (cf. RC I, 2). En el segundo, Vicente expresa explícitamente que la predicación y la promoción de la caridad no deben separarse. Son, más bien, partes diferentes de una completa evangelización. Oigamos su voz:

⁴ A. ORCAJO, *El seguimiento de Jesús según San Vicente*, Ed. La Milagrosa, Madrid 1990, p. 213.

“Si hay algunos entre vosotros que crean que están en la Misión para evangelizar a los pobres y no para cuidarlos, para remediar sus necesidades espirituales y no las temporales, les diré que tenemos que asistirles y hacer que los asistan de todas las maneras, nosotros y los demás, si queremos oír esas agradables palabras del soberano juez... Hacer esto es evangelizar de palabra y de obra; es lo más perfecto y es lo que nuestro Señor practicó” (XI, 393).

Aquí está la nueva metodología usada por Vicente en su misión re- evangelizadora: unir la caridad y la evangelización, o hacer de la caridad, no sólo una virtud cristiana, sino una verdadera evangelización. Porque ésta (la evangelización) no tiene por objeto solamente la salvación del alma (por medio de la catequesis), sino al ser humano en su totalidad (espíritu y cuerpo). Para Vicente evangelizar es tanto como “salvar” al pobre en sus necesidades materiales y espirituales, es decir, “*hacer efectivo el Evangelio*”, según expresión suya. Hay que decir que nuestra Iglesia oficial sostiene esta “forma global” de evangelización, aunque mucho más tímidamente que lo hizo San Vicente. Salvando las distancias de épocas diferentes, nuestro Fundador está mucho más próximo al concepto global de justicia y caridad evangelizadora desarrollada por la Teología de la Liberación en América Latina.

4. La evangelización y los laicos

A poco que se profundice en la nueva evangelización, enseguida se ve la importancia que adquiere el laicado en este proyecto. La nueva evangelización “*no podrá ser delegada a unos pocos ‘especialistas’, sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios*” (*Lineamenta*, n. 24). En realidad, los laicos siempre han tenido importancia en la Iglesia, al menos en teoría. En la práctica, sabemos que se les ha mantenido durante muchos siglos en la pasividad y en el ostracismo. ¿Por qué los laicos son imprescindibles hoy en el proyecto de la “nueva evangelización”? Porque si se trata de evangelizar la cultura y de transformar la sociedad, a los laicos corresponde más directamente que a nadie esta misión.

Vicente sale al paso de esta inquietud actual, pues sabemos bien que nunca pensó su proyecto de misión y caridad al margen de los laicos. Más aún, en contra de la mentalidad de su tiempo, los laicos fueron la mayor fuerza que utilizó para intentar la renovación de la Iglesia y de la sociedad.

Lo verdaderamente admirable en Vicente es que, aunque lógicamente participa del modelo de Iglesia trazado por Trento, sin embargo, al mismo tiempo se proyectaba, por la fuerza de su celo, hacia un modelo distinto de Iglesia, sin duda mucho más evangélico. En efecto,

sabemos que Trento reaccionó exageradamente ante las desmesuras del protestantismo, exaltando hasta el máximo la figura del sacerdote y relegando, aún más de lo que estaba, la vocación laical. Pues bien, dentro de este contexto de Iglesia tridentina y dentro de este modelo de Iglesia, Vicente, además de la opción por los pobres, va a hacer otra opción muy a contracorriente de ese modelo: la opción por los laicos y, entre los laicos, especialmente por la mujer, que aún estaba más relegada en la sociedad y en la Iglesia. En ningún momento fue en contra de la Iglesia oficial, pero sí se permitió recordar lo que Trento olvidó decir, justamente por su sentido de fidelidad a la gran Tradición de la Iglesia. Se ha dicho que Vicente jamás corrió riesgos en la ortodoxia, pero sí los corrió en la ortopraxis, motivado siempre por la urgencia de la evangelización y el socorro de los pobres.

Más aún, nuestro Fundador sintonizó perfectamente con otra convicción de la Iglesia hoy: que el bautismo es el sacramento fontal de la dignidad cristiana (cf. *Christifideles laici*, cap. I). Ahí se fundamenta la santidad de los laicos, subrayada por el Vaticano II. Ciertamente el tema de la santidad de los laicos lo popularizó san Francisco de Sales; lo que no se dice es que quien más se entusiasmó con la doctrina de la *Introducción a la vida devota* y el *Tratado del amor de Dios* fue Vicente de Paúl. Todo ello demuestra que Vicente tenía una extraordinaria sensibilidad por el laicado, lo que no ocurría en su tiempo. Y fue esta sensibilidad la causa de la movilización de tantos laicos, no sólo de los señores y señoras que componían las Cofradías de la Caridad, o las Hijas de la Caridad, sino también otros muchos millares de laicos que colaboraban puntualmente en sus empresas de caridad eclesial. Debajo de toda esta sensibilidad por los laicos late su propia experiencia misionera de evangelizar al pobre. Vio en los laicos una oportunidad para ir a los pobres en formas no acostumbradas. De esta manera, comenzó a encontrar nuevos medios para incluir a los seglares en el ministerio.

Por otra parte, Vicente nunca envió a nadie a trabajar en solitario. He aquí otra idea que coincide con la mentalidad actual de la Iglesia. La caridad no organizada y solitaria no ofrece garantías de continuidad y eficacia, ni refleja nuestra fe trinitaria. Proporcionó estructuras que ofrecían posibilidad de trabajar en equipo. Los principios de la Cofradía de la Caridad en Chatillon fueron un intento de organizar a los seglares para trabajar en equipo, porque la preocupación de Vicente no era simplemente la eficacia pastoral. Dice a las Voluntarias de la Caridad *“que deberán amarse mutuamente como hermanas que Dios ha unido en el vínculo del amor”* (X, 675). Deben orar unas por otras y *“regocijarse mutuamente con el calor de Dios”* (X, 908). Él intenta de esa manera crear un espíritu de comunidad, un sentido de pertenencia, que dará ánimos a todos los miembros.

II.

CONCLUSIÓN: HACIA DÓNDE IMPULSA EL PROYECTO DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN A LOS MISIONEROS

Según todo lo dicho hasta aquí, ni a las instituciones vicencianas, ni a todos los que se sitúan en la órbita espiritual de Vicente deberían suponerles gran esfuerzo aceptar y adaptarse a este proyecto universal de “nueva evangelización”. Bastaría con vivir el espíritu vicenciano para verse de lleno en la “nueva evangelización”. Así de sencillo. Con una salvedad: la evangelización o la nueva evangelización va dirigida a toda la sociedad, a todas las personas, sin excluir a nadie, aunque la Iglesia, por lo menos en teoría, ha optado preferencialmente por los pobres. Pues bien, lo que es preferencial para la Iglesia en general, para los vicencianos se convierte en opción exclusiva. Es nuestra parcela de trabajo en la distribución de tareas que se ha hecho en la Iglesia.

Podríamos perfectamente terminar aquí este tema con una conclusión impecable: nuestra manera de responder a la nueva evangelización consistirá en seguir las exigencias de nuestra vocación, puesto que San Vicente fue un evangelizador nuevo “avant la lettre”. La Iglesia no nos puede exigir más. Ahora bien, lo único que podemos hacer para completar este tema es preguntar a la nueva evangelización en qué aspectos relacionados con la misión debe un vicenciano estar especialmente atento para responder mejor aún a este proyecto eclesial. Estas podrían ser las respuestas.

1. Es necesario captar, discernir y cultivar lo nuevo

Se habla de nueva evangelización, de nuevos evangelizadores, de nuevo ardor, de nuevas expresiones, de reconfiguración, de nuevos ministerios más conformes a nuestro espíritu, de nuevos tiempos, etc. La novedad objetiva existe, pero todo esto, ¿se percibe en la Congregación, lo perciben los misioneros? No basta sólo con ser observador de lo nuevo, estar informado y ser mero transmisor de novedades. La nueva evangelización nos pide ser capaces de captar, discernir, asumir y cultivar lo nuevo de los términos viejos, lo nuevo de las nuevas expresiones, lo nuevo en los acontecimientos que se repiten y lo nuevo de los nuevos tiempos. En el corazón mismo de la nueva evangelización encontramos esta invitación a lo nuevo: *“La nueva evangelización – se dice en Lineamenta, n. 5 – no es una reduplicación de la primera, no es una simple repetición, sino que consiste en el coraje de atreverse a transitar nuevos senderos, frente a las nuevas condiciones en las cuales la Iglesia está llamada a vivir hoy el anuncio del Evangelio”*. Si Vicente no hubiera optado por lo nuevo, ni las cofradías, ni las

misiones, ni los laicos, ni las Hijas de la Caridad, ni la organización de la Caridad hubiera sido una realidad en su tiempo. Las cosas hubieran continuado en una desesperante rutina.

Una observación. Entrar en lo nuevo no significa en absoluto claudicar de las convicciones profundas sobre las cuales se asienta la vida y la vocación del evangelizador. Un edificio no puede sostenerse sin cimientos. Ahora bien, ¿qué hacer para encarar las novedades tan rápidas y profundas que hoy afectan al evangelizador, manteniendo, por una parte, las propias convicciones y, por otra, la flexibilidad necesaria para “transitar nuevos senderos”? Seguramente no existe otro camino que el ya apuntado en la Asamblea general 2010: la reflexión personal, la lectura, el empeño por no quedarse desfasado hoy, la formación permanente. Este proyecto nos prepara para ser evangelizadores actualizados, como Vicente lo fue en su tiempo.

2. La nueva evangelización puede ser una ocasión para revisar los ministerios

Nunca ha sido fácil la evangelización. Tampoco lo es en nuestro tiempo. Sabemos que la nueva evangelización es exigente porque lanza hacia delante rompiendo esquemas y rutinas tan cómodos como estériles. ¿Qué exigencias concretas puede tener esto en la vida de los misioneros? Sin duda, que la nueva evangelización puede ser, por ejemplo, una ocasión preciosa para sobrepasar una pastoral conservadora, no apta para impulsar la nueva evangelización. Al pobre hay que darle lo que necesita, sin caer en el inmediateísmo pastoral propio de una mentalidad precipitada, ni sucumbir a la tentación frecuente de que el pobre exige poco. No es cuestión de lo que el pobre pide o exige, sino de lo que el evangelizador vicenciano debe darle.

En Vicente encontramos el mejor ejemplo de creatividad en los ministerios. Cuando puso en marcha las misiones populares, fundó la Congregación de la Misión y estableció un plan de formación permanente para el clero diocesano (las Conferencias de los Martes), lo hizo porque con la estructura parroquial de su tiempo y con la ignorancia del clero difícilmente se podía llevar a cabo la re-evangelización de Francia. Fue la pasión por evangelizar la que le llevó a sobrepasar una pastoral incapaz de responder a lo que estaban necesitando los pobres. Éste es el espíritu vicenciano capaz de preguntarse cómo renovar nuestros ministerios para responder a las exigencias de la nueva evangelización.

El compromiso de evangelizar a los pobres obliga al misionero a afrontar dignamente el reto que le viene de los mismos pobres. Y hoy no parece posible evangelizarlos sin un bagaje doctrinal serio, si no se conecta con su mundo, si no se conoce la Doctrina Social de la Iglesia

en los aspectos que afectan a su ministerio, si no se sabe por dónde va y hacia dónde va el pensamiento moderno y postmoderno, y si no se mantiene uno firme en las propias convicciones. Tal vez haya que interpretar en esta dirección la frase de Vicente, “*los pobres son nuestros maestros*”. Ellos pueden ser los maestros para los evangelizadores vicencianos porque podemos aprender mucho en su escuela.

3. La nueva evangelización aconseja una amplitud de horizontes

Vivimos en un mundo marcado por el pluralismo social, cultural e incluso religioso, muy distinto del de nuestros abuelos, caracterizado como bien sabemos por una homogeneidad en todo y una autonomía e independencia de cada país. Los potentes medios de comunicación, hoy al alcance de todos, y el fenómeno mundial de la migración han sido factores muy decisivos en el multicolorido de nuestras sociedades europeas. Se acabó el monocolor. La nueva evangelización debe partir de esta realidad muy plural, muy variada: para algunos, por ejemplo, Dios aún cuenta y la voz de la Iglesia sigue teniendo credibilidad y peso. Otros, por el contrario, viven sumergidos en un ambiente de increencia y de indiferencia. No faltan tampoco grupos de personas con un sentido religioso al margen de las religiones históricas. El evangelizador de la nueva evangelización no puede contentarse sólo con aquellos que continúan estando bajo la influencia de la Iglesia. Esto sería tanto como reducir la evangelización a una pastoral de conservación. La evangelización se dirige a todos.

Al evangelizador hoy se le pide amplitud de horizontes, actitud de acogida a todos, saber dialogar con los indiferentes, con los que buscan respuesta a los interrogantes que les queman las entrañas, con los que pertenecen a otras confesiones. Creo que, en algún sentido, también se puede ver esta amplitud de miras en el propio Vicente, a pesar de haber vivido en un siglo donde se combatía cualquier signo de pluralismo. Por ejemplo, sabemos que el calvinismo era muy fuerte en la región de Chatillon, cuando Vicente fue nombrado párroco de dicha ciudad. Llama la atención que, cuando Vicente llegó a Chatillon, se alojó en casa de un calvinista llamado Juan Beynier, que, con la presencia de Vicente, fue cambiando primero de costumbres y más tarde de credo. Posteriormente, siete sobrinos de Beynier abandonaron su confesión calvinista y se reconciliaron con la Iglesia católica⁵. Cuatro o cinco años después, el acontecimiento de Montmirail y Marchais le iluminaría más el camino: se convierten tres hugonotes, uno de los cuales se

⁵ Cf., JOSÉ MARÍA ROMÁN, *San Vicente de Paúl. Biografía*, BAC, Madrid 1985, p. 123.

quejaba con razón de que los campesinos estaban religiosamente abandonados.

En un momento determinado llega, incluso, a proponer a sus misioneros el método de predicación de Calvino: *“Un ejemplo – dice nuestro Santo – que nos enseña el interés con que hemos de observar nuestro método (hablaba del pequeño método) es el de los hugonotes... También Calvino propuso un método de predicar: tomar un libro, como lo hizo nuestro Señor, leer, explicarlo según el sentido literal y espiritual y luego sacar las consecuencias morales...”* (XI, 193). A las Hermanas que van a fundar a Metz, en Lorena, les da la siguiente consigna: *“Vosotras vais para dar a conocer a todos, a los católicos y a los protestantes, la bondad de Dios”* (IX, 1094). Y a un hermano coadjutor (cirujano de profesión) que iba destinado a Madagascar le escribe: *“Es de desear que en los servicios que usted haga a Dios en el barco, no haga ninguna diferencia entre católicos y protestantes, con el fin de que éstos conozcan que usted los ama en Dios”* (ABELLY II, 20).

Esta amplitud de miras, a la cual nos llama la nueva evangelización, también la vemos reflejada en Vicente cuando con tanta fuerza se empeñaba en ver que sus misioneros salieran fuera de las fronteras de Francia para ir a evangelizar al mundo no cristiano: Túnez, Argelia, Madagascar. Soñó, aunque no pudo ver realizado este sueño, en ir a lugares difíciles y remotos como por ejemplo Persia, Brasil y Canadá.